LIBROdot.com

JUANA DE ARCO

****

MANUEL TAMAYO Y BAUS

LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Índice

Juana de Arco

Prólogo

Acto primero

Acto segundo

Acto tercero

Acto cuarto

Drama en verso, en cuatro actos y un prólogo (Imitación de Schiller)

****

A mis padres

No una vez sola, objetos de todo mi cariño, os he debido la existencia. Y cuando, reprimidos sabiamente los desacordados ímpetus del abril de nuestros años, me habéis llevado a senda de dichas inefables, abriéndome con llave de oro la que dirige a conquistar el aprecio y consideración de los hombres, rebosando mi corazón en alegría, en gratitud eterna, os dedico este primer ensayo literario, que os pertenece, porque además le habéis concebido y escudado con vuestro nombre. En viva lucha con mil encontrados sentimientos; desalada vuestra alma y llena de ansiedad ante un público numeroso y entendido; interesadas las más caras prendas de vuestro amor, infundisteis fuego de vida a mi obra, y mudos de placer me brindasteis con un triunfo que era todo vuestro.

Ya he pisado venturosamente esa senda a que con tanto empeño me llamasteis. El cielo, propicio, ha coronado mi obediencia. ¿Llegaré al anhelado término de mis mejores esperanzas sin que desgarren las espinas mi corazón y le llenen de desaliento? ¿Podré algún día corresponder dignamente a vuestro esmero y al delirio con que me amáis? Quiéralo Dios.

Manuel.

Reparto

en el estreno de la obra representada en el teatro de la Cruz el 21 de octubre de 1847, a beneficio de doña Joaquina Baus.

Personajes----------Actores

CARLOS VII, rey de Francia	**D. José Revilla**
LA REINA ISABEL, su madre	**D.ª Concepción Samaniego**
INÉS SOREL	**D.ª Carlota Jiménez**
FELIPE el Bueno (Duque de Borgoña)	**D. Pedro Sánchez**
EL CONDE DUNOIS (bastardo de Orleáns)	**D. Juan Lombía.**
LA-HIRE y DUCHATEL	**D. Hilario Peña**
(Capitanes del ejército del rey)	**D. José Aznar**
EL GRAN CANCILLER	**D. Felipe Díez**
LIONEL, General inglés	**D. Francisco Lumbreras**
UN CAPITÁN, idem	**D. Pelegrín Ros**
UN HERALDO, idem	**D. Mariano Serrano**
THIBAUT DE ARCO, aldeano rico	**D. José Tamayo**
MARGARITA	**D.ª Matilde Tavela**
LUISA	**D.ª Joaquina Samaniego**
JUANA	**D.ª Joaquina Baus**
ESTEBAN	**D. José Alverá**
CLAUDIO	**D. N. N.**
RAIMUNDO	**D. N. N.**
UN CABALLERO	**D. Marcelino Lumbreras**
UN MAGISTRADO DE ORLEÁNS	**Luis Rada**
UN PAJE	**Hermenegildo Caltañazor**

Soldados franceses e ingleses, pueblo, servidumbre del rey, obispos, eclesiásticos, mariscales, magistrados y cortesanos. La acción pasa en el año de 1428.

Prólogo

El teatro representa un bosque sombrío.

Escena I

MARGARITA, LUISA, JUANA Y SUS tres amantes; poco después THIBAUT.

RAIMUNDO(A JUANA.)

¡Siempre esquiva, siempre helada!

¿Merece mi amor tal pago?

JUANA Yo bendigo el amor vuestro.

RAIMUNDO ¡Pero no me amáis!

JUANA Os amo.

RAIMUNDO ¡Oh! Gracias, gracias.

JUANA De hoy más seréis...

RAIMUNDO ¡Oh dicha!

JUANA Mi hermano.

RAIMUNDO ¡Cielos!

LUISA Nuestro padre vuelve de la ciudad.

(THIBAUT aparece en este momento con un casco en la mano.)

MARGARITA y LUISA (Arrojándose en sus brazos.)

¡Padre amado!

THIBAUT Abrazándolas. A JUANA, que ha permanecido inmóvil.)

¡Hijas! Acércate, Juana.

Todas cabéis en mis brazos,

Me contempláis sorprendidos:
sin duda os habrá admirado
tan extraordinario objeto
contemplar entre mis manos.
RAIMUNDO Sí, en verdad. Decidnos,
¿dónde ese yelmo habéis hallado?
THIBAUT Extraño ha sido el suceso.
Quizá no acierte a explicároslo.
De Vaucouleurs, cual sabéis,
hoy me dirigí al mercado.
Oprimíase en la plaza
un inmenso populacho,
porque allí los fugitivos
en los campos derrotados
de Orleáns, nuevas terribles
difundían en su espanto;
y mientras yo procuraba
a través abrirme paso
de la muralla viviente,
a mí se acercó llorando
una doncella y me dijo:
«Amigo, buscáis un casco;
no lo neguéis, tomad éste
y amparad a un desgraciado.»
Soy labrador, respondila,

nunca me fue necesario;
mas ella añadió obstinada,
vertiendo un raudal de llanto:
«Hoy lidiar a todos toca;
tomad el yelmo, tomadlo,
y que manche no temáis
vuestras sienes su contacto,
que sólo honrado se ha visto
por espacio de treinta años
en la ya blanca cabeza
del más valiente soldado;
y este soldado se muere
sin recursos, sin amparo;
y este soldado es mi padre;
salvadlo, señor, salvadlo,»
Cumplí, cual cumplir debía;
la joven besó mis manos,
y dejando en tierra el yelmo,
despareció como el rayo.
JUANA Dadme el yelmo.
THIBAUT ¿Para qué?
El adorno delicado
no es de una tímida joven
este guerrero aparato.
JUANA Es mío, me pertenece.

(Arrancando el yelmo de las manos de su padre.)

THIBAUT ¡Qué locura!

RAIMUNDO Bien mirado,

razón tiene. Ese guerrero

adorno le será grato,

porque un corazón de bronce

su seno encierra. Acordaos

cómo rindió al fiero lobo

que asolaba los rebaños.

¡Bien sienta el adusto yelmo

en su frente de alabastro!

¿Cuál más digna, cuál más digna

que la suya de llevarlo?

THIBAUT ¡Hacéis bien; añadid fuego

al foco de su insensato

orgullo, y pronto, muy pronto,

será volcán irritado!

RAIMUNDO ¿Quién tiene, quién, sentimientos

más modestos, más humanos,

que vuestra Juana, amapola

perdida en desiertos campos,

cuando en un vergel pudiera

ser el adorno más grato?

THIBAUT Yo sus virtudes conozco,

y cual nadie las aplaudo;

mas mi corazón lastima
con su corazón de mármol,
y no quisiera llorar
sin que enjugara mi llanto.
Su ingratitud mi cariño
avivar sólo ha logrado,
y amor con amor, Raimundo,
pretendo comprar en vano.
RAIMUNDO Sois injusto.
THIBAUT Por desgracia
no lo soy; mas no perdamos
en tan inútiles pláticas
estas horas de descanso.
Hoy mis secretos designios
va mi voz a revelaros.
El trono de nuestra patria
los ingleses derribaron.
RAIMUNDO Aún somos libres y dueños
de la tierra que pisamos.
THIBAUT Sí, mis queridos vecinos,
aún somos libres y dueños
del suelo que nuestros padres
cultivaron otro tiempo;
mas quizá pronto, muy pronto,
en la esclavitud lloremos.

Huye el rey de sus vasallos,
proscrito en su propio reino.
Su más cercano pariente
manda el enemigo ejército,
y su propia madre aviva
la rabia de los isleños.
La suerte de mis tres hijas
por tales razones quiero
fundar en sólidas bases
hora que cumplirlo puedo.
Una mujer necesita,
cuando Marte ruge fiero,
un protector que la cubra
con la égida de su afecto:
la mano me habéis pedido (A ESTEBAN.)
de uno de mis tres luceros.
Vecinos están los campos,
los corazones de acuerdo,
¡cuán fácil nos es hacer
un dichoso casamiento!
Claudio..., ¡qué! ¿Silencio guardas?
(A CLAUDIO.)
Alza los ojos del suelo. (A LUISA.)
¿Había yo de romper
el que os une lazo estrecho

porque tus afanes, Claudio,
no hallaron el justo premio?
¡Y qué valen las riquezas,
qué valen, y en estos tiempos!
El verdadero tesoro
tú le ocultas en el pecho.
LUISA ¡Ah, padre del alma!
THIBAUT ¡Luisa!
MARGARITA ¡Hermana mía! (Abrazando a JUANA.)
THIBAUT ¡Oh contento!
Mi corazón se dilata
contemplando el gozo vuestro.
Treinta fanegas de tierra
a cada cual os prometo;
y una casa, y un establo
y un rebaño. Justo y bueno
Dios, a mí me ha bendecido,
y a vosotros desde el cielo
su bendición por mis manos
también os envía. Rectos
seamos en nuestras obras,
puros en los pensamientos,
y limpia de toda mancha
démosle una vida en premio.
Al brillar el sol mañana

tendrán las bodas efecto,
y quiero que con nosotros
las celebre el pueblo entero;
con que los preparativos
no descuidéis.
MARGARITA Yo os prometo,
¡oh padre del alma mía!,
que quedaréis satisfecho.
ESTEBAN Permitid, señor...
(CLAUDIO y ESTEBAN quieren arrodillarse.)
THIBAUT ¡Qué hacéis!
(Deteniéndolos.)
¡No, por Dios! Guardaos el cielo.

Escena II

THIBAUT, RAIMUNDO y JUANA.

THIBAUT Las dos en mi edad cansada

(A JUANA, que manifiesta la mayor indiferencia hasta que su padre empieza la descripción del sitio de Orleáns.)

siembran fúlgidos luceros,

que tú en nubarrones fieros
envuelves desapiadada.
¿Por qué para tu orfandad
apoyo aceptar no quieres?
¿Por qué a quien te adora hieres
con extremada crueldad?
Tu belleza está en su flor,
pero en vano espero, en vano,
que abra su cáliz ufano
a los rayos del amor
y brille fruto en sazón,
que frío y sin movimiento
en la edad del sentimiento
se cierra tu corazón.
JUANA No con tan continua porfía
me culpe vuestro arrebato,
porque respeto y acato
los gritos del alma mía.
Ellos me ordenan no entrar
del hombre en la ruin morada
do está la angustia fijada,
do con virtud no hay gozar.
Quiero recorrer sin males,
con mis libres pensamientos,
los encumbrados asientos

de los mundos celestiales.
Cuando en ellos se retrata
la bondad del Dios que adoro,
cuando el sol los baña en oro
la luna los torna en plata.
THIBAUT Tú me haces ver que mis quejas
justas son. Siempre obstinada
la sociedad animada
de tus dos hermanas dejas
para recorrer el prado,
de las montañas la cumbre;
antes de que el sol alumbre,
el lecho has abandonado,
y a la hora del horror
en que el hombre busca al hombre,
de hermano el tan dulce nombre
recordando en su temor,
con arrojo temerario
deslizaste en el imperio.
de la noche y del misterio,
cual pájaro solitario.
RAIMUNDO Basta, y nuevas relatad
que hasta Vaucouleurs llegaron.
¿Qué nuevos males fraguaron
los infiernos?

THIBAUT ¡Oh! ¡Temblad!
El inglés ha triunfado en dos combates
que no recuerda iguales la memoria,
de mi patria en el centro levantando
sus altivas banderas triunfadoras.
En la diadema usurpadora brillan
los pueblos que se extienden hasta el Loira,
y de Orleáns para el horrendo sitio
ha llamado sagaz sus fuerzas todas.
RAIMUNDO ¡Dios salve a nuestro Rey!
THIBAUT De todos lados
se ha reunido al punto una espantosa
e innumerable y fuerte artillería,
cuya gran pesadumbre el campo agobia.
Así, cual del estío en los rigores,
de la colmena en torno se amontonan,
de abejas los enjambres esparcidos;
así como las nubes de langostas,
que por contrarios vientos impelidas,
sobre nuestras campiñas se desploman,
las legiones así del mundo entero
sobre los muros de Orleáns se agolpan,
y el confuso rumor de sus lenguajes
cansando al aire el campamento asorda.
De sus vastos dominios los soldados

a él ha llevado el duque de Borgoña;
y Utrecht, y Holanda, y Lieja y Luxemburgo
vibran allí sus armas numerosas.
Los que el sol en Namur contempló niños,
en el Brabante los que el bien corona,
los que de Gante en la ciudad altiva
la seda y oro, y terciopelo adorna;
el zelandés, cuya flotante cuna
se levanta del mar sobre las olas,
y hasta del Polo helado los vecinos
siguen ya la bandera triunfadora
del fuerte borgoñón, y todos, todos,
para hundir a Orleáns centellas forjan.
RAIMUNDO ¡Oh, deplorable división que vuelve
las armas nuestras de la patria en contra!
THIBAUT A la reina Isabel correr han visto
por el campo, la furia destructora
del inglés encendiendo contra el hijo
que en su seno llevó.
RAIMUNDO ¡Misericordia!
THIBAUT Salisbury, Lionel, Talbot dirigen
las invencibles armadas sitiadoras.
En su furor sacrílego han jurado
la doncella entregar a la deshonra,
y con la espada, cuanto lleve espada

sacrificar. Su astucia previsora
cuatro titáneas torres ha elevado
que a la ciudad impávidas acosan.
Paso dejan los vientos espantados
al hirviente metal. La tierra tocan
de los templos las cúpulas sagradas,
heridos los palacios se desploman,
y de Nuestra Señora la real torre
su elevada cerviz humilde dobla.
Han abierto también profundas minas,
sobre este abismo la ciudad reposa
y horrorizada aguarda ver la tierra
tocar los cielos en pedazos rota.
RAIMUNDO Mas ¿dónde está Xaintrailles, dónde el bastardo
de nuestra patria baluarte y gloria?
Y ¿dónde el Rey está? ¿Contempla ocioso
de todo el reino suyo la derrota?
THIBAUT En Chinón ha fijado el Rey su corte,
que todos los recursos le abandonan.
En vano ha llamado de los grandes,
aquí y allí retumba una vez y otra.
Tan sólo escuché hablar de un caballero
que ha levantado una pequeña tropa,
y que en busca del Rey iba anhelante
de once enseñas no más bajo la sombra,

JUANA ¿Su nombre?

THIBAUT Baudricourt.

JUANA ¿Dónde se encuentra?

THIBAUT De Valicouleurs a una jornada corta.

Pero me asombran, Juana, tus preguntas;

a ti tales asuntos ¿qué te importan?

RAIMUNDO ¡Oh, seguid!

THIBAUT Del inglés cuando han mirado

las no creídas fuerzas poderosas;

cuando al fin han perdido la esperanza

de que el Rey con sus armas los socorra,

han decidido de común acuerdo

ir a rendirse al duque de Borgoña.

Si con él nuestro Rey llegara a unirse,

pronto el inglés llorara su derrota,

JUANA Nada de sumisión ni de tratados:

llena está la medida,

los tiempos de la siega son llegados.

Con furibundo embate

el salvador se lanza en el combate.

De los cielos purísimos desciende

para abatir su gloria

que del infierno en brazos se elevaba

y el mundo de los astros alcanzaba.

Y triunfará la cándida paloma

del águila caudal. Tiemble ese duque,
que horror será de los futuros siglos;
tiemble Lionel, espanto de las fieras.
Salisbury también y Talbot tiemble,
ese titán de bélico ardimiento
que parece tener mil y mil brazos
para dar el asalto al firmamento.
¡Basta ya de temor! Pronto, muy pronto,
antes de que se doren las espigas,
antes de que redondo
el disco de la luna resplandezca,
el enemigo bruto,
para saciar su sed, las limpias ondas
no turbará del Loira formidable,
que despierta por fin y se alza ufano,
gritando en ronca voz: ¡guerra al tirano!

THIBAUT ¿Qué espíritu de Juana se apodera?
¡Oh, su razón tal vez!...

RAIMUNDO Loca quimera.
Divina inspiración su mente abrasa.
¡Siempre justo fue Dios y bondadoso!

JUANA Antes el orbe entero sucumbiera
que el más fuerte país, el más hermoso
de cuantos halla el sol en su carrera.
Aquí la primer cruz fue levantada

de salvación enseña; aquí reposan
de San Luis las cenizas; los furores
del paganismo aquí se sepultaron,
y desde aquí los inspirados héroes
el sepulcro de Cristo rescataron.
THIBAUT Aldeanos tranquilos, no sabemos
ni la espada blandir, ni el vigoroso
bridón guerrero dominar. Sumisos
y en silencio esperar nos cumple sólo,
y el Rey de nuestra patria,
hundiendo o levantando nuestra gloria,
nos mostrará soberbia la victoria.
Al trabajo pacífico tornemos
y en el santo deber sólo pensemos.
Repártanse los príncipes
el mundo hecho pedazos:
nosotros contemplar tranquilamente
los estragos podemos
de la tea del mal, que más luciente
cada minuto rápido se ostenta.
¡El suelo que nosotros cultivamos
logrará resistir a la tormenta!
Nuestros pueblos montones de ceniza
torne del mundo el destructor más fiero,
el maldito bridón del extranjero

la mies agoste, de inclemencia rayo:
tan pronto como fueran derribadas
serán nuestras cabañas levantadas,
y nuevas mieses brotará otro mayo.

Escena III

JUANA sola.

¡Adiós, valles tranquilos y apacibles;
adiós, montañas dulces y risueñas,
adiós! En vuestras vírgenes alfombras
no hundirá ya su planta vuestra sierva.
¡Adiós eterno vuestra Juana os dice!
Césped que yo regué siempre contenta,
árboles que plantó mi débil mano,
reverdeced gozosos en mi ausencia.
Adiós, grutas y frescos manantiales;
adiós, eco sonoro, placentera
voz de los valles, que por tanto tiempo
jamás negaste a mi canción respuesta
¡Teatro de apacibles alegrías,
adiós; por siempre, adiós! En las praderas
dispersaos, incautos corderillos;

vuestra pastora amiga al fin os deja;
que otro rebaño sobre campos rojos
va en la furia a guiar de la tormenta.
Aquel que del Horeb en las alturas
presentose a Moisés; aquel que diera
al brazo de David fuerza bastante;
aquel que amigo del pastor se muestra,
en su furor me ha dicho: «Dar tú debes
testimonio de mí sobre la tierra.
Nunca en tu corazón de amor impuro
se clavará la ponzoñosa flecha.
Nunca de desposada la corona
adornara tu virgen cabellera,
y nunca el hijo de tu seno, nunca,
el beso te dará de la inocencia;
pero corre a la lid, vibra el acero,
en un duro metal tu cuerpo encierra,
y yo te elevaré radiante y pura
a tan alto lugar que al sol ofendas.
Cuando los más valientes ya vacilen
en la sangrienta y singular pelea,
levantarás terrible mi oriflama,
y cual abate las espigas tiernas
la segadora, al vencedor tirano
abatirás al polvo de la tierra.

¡Serás para los hijos de tu patria
de contento y de paz fuente serena!
A tu Rey salvarás; tus propias manos
ceñirán a su frente la diadema.
Ya por una señal me llama el cielo.
Mis ojos ven atónitos la prueba.
El valor de los santos querubines
al tocar este yelmo aquí penetra.
La mano del Señor que el viento oculta
al tumulto me arrastra de la guerra,
y adelante me impele el torbellino
que en densa nube me arrebata y vuela.
El grito atronador de los combates
llega hasta mí; la tierra pisotea
el guerrero bridón tascando el freno,
y bélica retumba la trompeta.
Sale precipitadamente.

Acto primero

Una morada del Rey Carlos en Chinón

Escena I

DUCHATEL y LA-HIRE.

DUCHATEL Arranquemos la esperanza
de nuestros pechos: que astuta
a nuestra vista aún sonríe
sólo para hacer más dura
la realidad que se acerca
con su corona de angustia.
¡Doquier sangre y luto y llanto,
doquier los ingleses triunfan!
LA-HIRE ¿Cómo no, si el Rey de enigmas
el sentido oculto busca,
y deliciosos festines
en dar a su Inés ocupa;
a esa encantadora joven
a quien ama con locura,
cual si la paz extendiese
sus alas de blancas plumas,
cuando el cañón enemigo
torna los pueblos en tumbas?
¡Oh patria! Si al fin sucumbes,
que tus ruinas me confundan.

Escena II

DICHOS y el REY con la espada del CONDESTABLE, que deja encima de una mesa.

REY El Condestable su espada

nos ha enviado: renuncia

a sus derechos; por fin

la suerte no es tan adusta.

LA-HIRE Es un hombre muy precioso

en el fragor de la lucha,

y no me resignaría

con su deplorable fuga

tan fácilmente cual vos.

REY Su insolencia me disculpa.

Duchatel, cinco cadenas

do el oro más puro luzca,

quiero dar a los cantores

que mis pesares endulzan,

y cuya alígera fama

rápida los aire cruza.

DUCHATEL Señor...

REY Hablad.

DUCHATEL Si es forzoso,

dirá mi lengua importuna

el secreto que brotar

de mi corazón rehúsa.

REY Hablad, Duchatel, hablad.

DUCHATEL Caudalosa en la ventura

la fuente de nuestros bienes,
hoy perdió sus gotas últimas.
Las tropas no han recibido
su soldada, y ya murmuran
y amenazan retirarse
si su demanda no escuchan,
y vos mismo sufriréis
mil privaciones.
REY Sin duda
que es mi situación terrible;
mas ¿es justo, por ventura,
Duchatel, que un soberano
con sus deberes no cumpla?
LA-HIRE ¿Y soberano os llamáis,
cuando hasta el Loira se encumbran
los ingleses estandartes?
REY Basta ya, La-Hire; aún muchas
y fortísimas provincias
nos pueden prestar ayuda.
LA-HIRE Hasta que el hierro de Talbot
no quiera que así se cumpla.

Escena III

DICHOS, PAJE, y después un CABALLERO.

PAJE Breve audiencia un caballero
solicita.
REY ¡Dios me acuda! (Vase el PAJE.)
Entre; que aún mayores males
mi fiel corazón me anuncia.
(Sale el CABALLERO.)
CABALLERO Las escocesas legiones
arden en rebelde furia;
su soldada reclamando,
prontas a emprender la fuga. (Vase.)

Escena IV

REY, LA-HIRE, DUCHATEL, y después INÉS. El REY mira a DUCHATEL, sin atreverse a hablarle.

DUCHATEL Ya os he dicho que agotados
todos los medios están.
REY Prometedles...
DUCHATEL Necio afán;

mil veces fueron burlados.

REY Ven, Inés del alma mía;

(A INÉS que entra.)

Ven, mi refugio querido.

Nada, nada se ha perdido,

pues tú vives todavía.

INÉS ¡Oh! ¡Cuál tú camino yerras,

Destino insaciable!... Ved.

(Dando a DUCHATEL una cajita.)

Todas mis joyas; vended

mis castillos y mis tierras.

Agotad vuestra paciencia

para aplacar al soldado,

y después que hayáis triunfado

os premiará la conciencia.

(Sale DUCHATEL.)

Lejos de la senda errada (Al REY.)

que del deber te ha apartado,

en vez del cetro dorado,

vibre tu mano la espada.

Torna en armados guerreros

tus brillantes cortesanos;

en vez de cantos livianos,

cruja el son de los aceros.

Partamos: las privaciones

y el riesgo dividiremos,
y de oír no cesaremos
latir nuestros corazones.
Plácido y seguro techo
las nubes nos formarán,
y las montañas serán
nuestro magnífico lecho.
REY ¡Inés de mi corazón!
Que una mujer algún día
cien victorias me daría
me auguró ha tiempo en Clermont
una religiosa. Inés,
por tu amor debo triunfar;
en Reims me has de coronar
y me has de adorar después,
INÉS Es tu sola salvación
la espada de tus amigos.
REY También de mis enemigos
cuento con la disensión.
Nueva cierta he recibido
de que el de Borgoña ya
con los ingleses no está
cual otro tiempo avenido.
Al fiel Dunois le he enviado,
y él le hará considerar

cuál va su honor a manchar,

cuál su deber ha olvidado.

Escena V

DICHOS y un PAJE.

PAJE Enviados de Orleáns

solicitan una audiencia.

REY ¡Vengan, pues, a mi presencia!

¿Aún más me atormentarán?

(Sale el PAJE.)

Escena VI

DICHOS y MAGISTRADO DE ORLEÁNS.

REY Sed bien venidos, fieles servidores.

¿Debo mi corazón abrir al gozo?

Decid, ¿prosigue mi ciudad querida

del inglés rechazando el fiero encono?

MAGISTRADO Ávida de desastres y de horrores

la destrucción, señor, la cerca en torno,

y a cada instante en su rabiosa furia

una de sus murallas torna en polvo.

El noble Rochepierre, en tanto extremo,

consultando los tiempos más remotos,

un tratado ha firmado al enemigo,
en el cual le promete hallarse pronto
a entregar la ciudad si en doce soles
de ejército a salvarla poderoso
la llegada benéfica no anuncia
de la guerrera trompa el grito ronco.
Con un salvoconducto del contrario
de vos venimos a implorar socorro.
Librad a la ciudad que fiel sucumbe
de la cautividad, no vierta el lloro.

LA-HIRE ¿Y consentir Xaintrailles cómo ha podido
en tratado tan vil, tan vergonzoso?

MAGISTRADO Mientras vivió soldado tan valiente,
ni en rendición ni en paz pensó uno solo.
Sin vida estaba, y la mitad del hierro
por su Rey esgrimía valeroso.

REY Muerto Xaintrailles, ¡oh Dios!, lánzame un rayo
lánzalo por piedad.

MAGISTRADO Pronto socorro
concedednos, señor, que a cada instante
gana un paso el inglés hacia nosotros.

REY Ni una sola moneda, ni un soldado,
podéis de mí esperar.

MAGISTRADO ¡Dios bondadoso!
¿La estrella más luciente de la patria

veréis hundirse sin prestarla apoyo?

REY ¡Apoyo prestar yo, que de mí mismo
las privaciones apartar no logro!

MAGISTRADO Que a Orleáns un ejército nos siga.
Por vos a vuestras plantas os lo imploro.
(Arrojándose a las plantas del REY.)

REY ¿Puedo brotar hacerle de la tierra
hiriéndola con golpe vigoroso?
¿Crecen bajo mi mano las espigas
y, cual a Dios, querer me basta sólo?
Tomad mi corazón; arde en su centro
de viva lumbre comprimido foco.
Arrojadlo en la lid, quizá reviente
y el rayo vengador lance gozoso.

Escena VII

DICHOS, DUCHATEL y después DUNOIS.

INÉS ¡Ah, Duchatel, hablad!

DUCHATEL Más os valiera
que por siempre callara. Inútil todo:
a dar un nuevo impulso a nuestra ruina
huyen los escoceses presurosos.

REY (A DUNOIS, que entra.)

¡Ah! La flor de la amargura

en mi pecho marchitad,

y la tormenta alejad

ante el sol de mi ventura.

Mas os calláis... ¡Dios eterno!

Volad, esperanzas mías.

¿Os brindó el cielo alegrías

o lágrimas el infierno?

¡Hablad! ¿Debemos ceder

al furor del enemigo,

o de la justicia, amigo,

nos llama el duque a vencer?

DUNOIS Sólo, sólo vuestro acero

prestaros ayuda puede.

A la súplica no accede

de su Rey. ¡Mal caballero!

REY ¡Oh! Decidme las razones

que a obrar así le han movido.

DUNOIS Antes de prestar oído

a vuestras proposiciones,

exige que Duchatel

lave en la tumba su honor;

de su padre el matador

le llama.

REY Si a tan cruel

condición yo me negare...

DUNOIS Os negáis a la alianza,

que de su injusta venganza

no hay nada que le separe.

REY Con su Rey a pelear

le llamasteis de Montró

al puente, do sucumbió

su triste padre.

DUNOIS ¿Olvidar

tan noble reto pudiera?

Mas respondió su osadía,

que en Orleáns le hallaría

el que buscarle quisiera.

REY ¿Y mi madre?

DUNOIS ¿Para qué

de ese nombre os acordáis?

REY ¡Callando me atormentáis!

DUNOIS. (Después de una pausa.)

A San Dionisio llegué,

y mil florestas mentían

las calles engalanadas;

músicas alborozadas

hasta los cielos subían.

El pueblo, con mil clamores,

al Rey inglés saludaba,
y su carroza volaba
rompiendo nubes de flores.
Mis ojos con fiero encono,
quitando a mi rabia el dique,
miraron al niño Enrique
de Lancastre en vuestro trono.
A su lado sonreían
sus emponzoñados tíos,
y vuestros pares impíos
homenaje le rendían.
LA-HIRE ¡Oh lealtades compradas!
DUNOIS Sordo murmullo se alzó,
porque el niño vaciló
del trono al subir las gradas.
Mas entonces vuestra madre,
rotos del honor los lazos,
pasó el niño de sus brazos
al trono de vuestro padre.
REY ¡Madre mía! ¡Madre mía!
DUNOIS El pueblo se sonrojó,
y en silencio se trocó
su bulliciosa alegría.
Tal cambio hizo su conciencia
a vuestra madre notar,

y osó altanera exclamar
con susto de la insolencia:
«Bendíceme, pueblo ingrato,
porque tu suerte desvío
de las manos de un impío,
del hijo de un insensato.
Un tronco en achaques viejo,
hora acabo de quebrar,
y benigna en su lugar
una rama intacta dejo.»
INÉS ¡Oh tigre mal disfrazado!
REY (Al MAGISTRADO.)
No esperéis ningún consuelo,
pues ya lo visteis: el cielo
a mi ruego se ha cerrado.
MAGISTRADO ¡Oh mi real señor! Piedad
para Orleáns; advertid
que ejemplo ha sido en la lid
de santa fidelidad.
REY Mi propia madre, inclemente
al grito de amor primero,
nutre el retoño extranjero
en su seno de serpiente.
Pasemos al otro lado
del Loira, la mano fuerte

del que da vida y da muerte
tal senda nos ha trazado.
INÉS ¡Cuál rasgas su corazón!
¡Cuál extiendes tu renombre!
¡Oh madre sólo en el nombre!
Piedras tus entrañas son.
REY Tres hermanos he perdido
por crímenes de una madre,
y en un delirio a mi padre
cuatro lustros han tenido.
El cielo ha ordenado ya
que nuestra raza sucumba,
y en mí debe hallar su tumba,
INÉS Nueva cuna en ti hallará.
Ardan los bateles luego,
húndanse ardiendo los puentes,
y del Loira las corrientes
arrastren un mar de fuego.
REY El hijo que me cautiva
no quiero que de mis brazos
arranquen hecho pedazos:
yo le entrego, y viva, viva.
DUNOIS Sabed, señor, que en la tierra
de un monarca es el deber
en la paz un ángel ser

y un tigre ser en la guerra.
De cuantos contrarios son
de ese trono vacilante,
es el único triunfante
vuestro débil corazón.
¿Qué nación no ha de querer
dar su sangre por su honor?
¿Y qué ventura mayor
que morir por libre ser?
REY Nada, nada me digáis,
(Al MAGISTRADO, que se acerca a él en ademán de súplica.)
Partid, y que os guarde Dios.
DUNOIS Él os abandone a vos
cual vos los abandonáis.
Para la guerra engendrado,
por vuestro mal no habéis sido;
rayo de Marte no ha herido
vuestro corazón helado.
Yo parto; con Dios quedad,
que antes que Orleáns sucumba
hallaré en sus muros tumba,
y en la tumba libertad.
INÉS ¡Ah! No le dejes partir.
Te imploro por nuestro amor
que perdones su furor

al que no sabe mentir.

Acercaos vos, Dunois,

y abrid vuestro corazón,

que a ocultarse en su mansión

el de mi Rey volará.

(DUNOIS se acerca al REY en ademán de súplica.)

REY (A DUCHATEL, después de una pausa.)

Mi equipaje conducid

al Loira.

INÉS ¡Carlos!

DUNOIS Adiós.

(Vase, precedido del MAGISTRADO.)

INÉS (A LA-HIRE.)

¡Oh! ¿Qué has hecho? Corred vos,

pronto sus pasos seguid. (Vase LA-HIRE.)

Escena VIII

REY, INÉS y DUCHATEL.

REY Cálmate, Inés; la corona

es una insufrible carga,

y espero con alegría

el momento de dejarla.

Cuanto ordené, cumplid vos.

(A DUCHATEL.)

DUCHATEL ¡Ah! Señor...

REY Ni una palabra más.

INÉS Si tu deber no escuchas,

muévante a piedad mis lágrimas.

DUCHATEL Haced la paz con el duque

de Borgoña. Vuestra patria

sólo así salvarse puede,

y a vos os toca salvarla.

REY Ignoráis que es vuestra sangre

el sello de esta alianza.

DUCHATEL Aquí tenéis mi cabeza.

Mil veces de las batallas

al furor la he presentado:

por vos a depositarla

en el cadalso orgulloso

iré con segura planta.

¡Feliz el que con su sangre

puede salvar a su patria!

REY Por todo el orbe no diera

una sola de tus canas.

(Arrojándose en sus brazos.)

DUCHATEL ¡Ah señor! En este abrazo

me habéis arrancado el alma.

REY ¡Duchatel!

DUCHATEL ¡Ah! Ya os comprendo.

Ayudaré a la desgracia.

Escena IX

REY e INÉS.

REY Al otro lado del Loira
la ventura nos aguarda.
Allí las flores de vida
crecerán a nuestras plantas,
en vez de las que nos hieren,
espinas emponzoñadas.
INÉS Tus palabras me asesinan.
¡Oh! Tierra desventurada,
no pienses que te dejamos,
pues te quedan nuestras almas.
REY Llora, llora, vida mía;
las lágrimas son la lava
del volcán del corazón,
y es forzoso derramarlas.
¿Qué mal, santo Dios, os hice?
¿Cuándo cometí mi falta?
¿Quizá hasta vos la injusticia

ose remontar sus alas?

Mas ¿qué digo, Dios eterno?

Perdón, perdón os demanda

el que para más amaros

más sufrimientos aguarda. (Voces dentro.)

INÉS ¡Qué tumulto! ¡Cielo santo!

REY Escuchemos...

VOCES ¡Gloria a Juana

de Arco!

REY ¡Gloria a Juana de Arco!

¿Por qué el aliento me falta?

¿Por qué mi sangre se hiela?

¿Es temor o es esperanza?

Escena X

DICHOS y DUNOIS.

DUNOIS ¡Las nubes huyen vencidas

ante el sol que las desgarra!

REY e INÉS Mas ¿qué sucede?

DUNOIS Sucede

que abrazaros Dios me manda.

Sucede que la victoria

a vuestras huestes aclama.

REY ¡La victoria! No es posible;

vano rumor os engaña.

INÉS ¡La victoria! ¡Qué bien suena

en mi oído esa palabra!

Escena XI

DICHOS, GRAN CANCILLER y varios CABALLEROS.

CANCILLER Confundid en vuestros pechos

el rencor que los guiaba,

que benéficos los cielos

por nosotros se declaran.

Una tímida doncella,

vuestras huestes derrotadas

ha conducido al combate

y les ha dado la palma.

REY ¡Las manos de una doncella

el negado triunfo alcanzan!

No hay duda, señor, no hay duda;

el Salvador nos ampara.

VOCES (Dentro.)

¡Gloria! ¡Gloria a la doncella

de Orleáns!

REY ¡A la enviada

del Eterno!

DUNOIS Ya se acerca.

INÉS ¡Se conturba toda el alma!

Escena XII

DICHOS, JUANA, LA-HIRE, DUCHATEL. GUERREROS y CABALLEROS.

CANCILLER (Después de una pausa.)

¿Quién eres tú, dulcísima paloma,

que al gavilán triunfante has derrotado?

¿En qué pénsil tu vuelo has levantado

para venir al piélago violenta

a enfrenar la tormenta,

a extender la bonanza,

a lanzarnos el sol de la esperanza?

¿Qué bendecidos padres te engendraron?

¿Dó las auras tu nido acariciaron?

JUANA Mi nombre es Juana; la existencia debo

a un humilde pastor; mi pobre cuna

meciose en Domrémy; corto rebaño

niña guardé; su número crecía

al par que la niñez abandonaba;
y cuando sierva impía
al padre abandoné del alma mía,
el sol que de mis triunfos se alegraba
con todo su rebaño me veía.
Siempre mi lecho fue peñasco frío,
halagado del viento y del rocío.
Escuchaba yo hablar de esos traidores
que a nuestras playas lanza el océano,
y del cielo al potente soberano
sin cesar elevaba mis clamores.
El precursor lucero de la aurora
viome una vez postrada todavía.
De mis sentidos dueño,
mi ser aletargó con dulce sueño.
La Reina de los ángeles entonces,
entre nubes de fúlgidas estrellas,
bajó hasta mí; purísimo estandarte
su diestra sostenía;
una fulgente espada triunfadora
en su siniestra ardía,
y era su vestidura, cual la mía,
de sencilla pastora.
Habla, y su voz el alma me enamora.
«El pueblo fiel su salvador espera,

y es tuya esta bandera,
y aqueste acero tuyo,
tuyo del querubín el ardimiento.
Al bravo inglés derrota en la pelea,
lánzalo al mar que protegió su intento,
y el que su cuna fue, su tumba sea
Adiós, adiós, se acerca la mañana:
levántate, yo soy; despierta, Juana.»
Dijo; despareció su vestidura,
mostrose cual la Madre del Eterno,
y elevose al vergel de la ventura.
El encendido sol a la montaña
a despertarme vino,
y en alas de mi espléndido destino
a hundir los opresores,
a salvar la oprimida
armada me lancé de muerte y vida.
En el profundo valle
en que sus alas de diamante rueda
el caudaloso Yonne, once pendones
de mi patria encontré; los enemigos,
aún más que las estrellas numerosos,
a hundirlos se acercaban presurosos.
El estandarte arranco de las manos
de aquel que lo llevaba,

y al reducido ejército
exhorto a que me siga a la pelea;
retrocede espantado,
mas, al fin, cual torrente desbordado
rápido en pos de mí se precipita,
y el viento rasga con rabioso empuje,
y en ronca voz con entusiasmo grita.
Lánzome al enemigo, y al mirarle
huye sin combatir; mas de los jefes
las fieras amenazas
establecen el orden del combate.
Embístense con furibundo embate
las dos contrarias huestes,
y el mundo estremecido
en poco es de sus ejes desprendido.
El grito aterrador de los guerreros,
del caballo la rápida carrera,
el crujiente ondear de la bandera,
el relampaguear de los aceros,
de la trompeta el bélico alarido,
el ¡ay! de la cabeza mutilada,
el hervir de la sangre derramada,
del tronante cañón el estampido...
Y todo a mis sentidos ofrecía
un cuadro de placer y de alegría.

Corta la lucha fue; los enemigos,
más bien que derrotados,
de contemplarme huyeron espantados.
Lánzanse a la carrera los más viles;
lánzanse los más fuertes a las aguas;
mas los aceros rápidos volaron,
y dos mil enemigos destruyeron.
Las aguas os dirán cuántos vencieron,
que por su libertad también lucharon.
¿Qué hacéis en esta tumba sumergido?
¿Vuestras manos, señor, en qué se emplean?
¡Mirad que Dios la esclavitud maldice
y quiere que los pueblos libres sean!
REY ¿Y cómo sobre mí, que del pecado
esclavo soy, los ángeles derraman
tan copioso torrente de consuelo?
Tú, cuyos ojos ven el alma mía,
sabes que, a mi destino ya cedía.
Tu mi humildad conoces.
JUANA En el cielo
la humildad de los grandes resplandece;
porque vos resignado
tocabais el abismo con la planta,
el Eterno a las nubes os levanta.
REY ¿Feliz renacerá la patria mía?

JUANA Sus cadenas serán ricas guirnaldas,
y para completar cuanto ambiciona,
brillará en vuestra frente la corona.
DUNOIS Entusiasmado el corazón revienta,
límites al hallar en su morada.
Ven, y será en la lucha tu mirada
relámpago que alumbra en la tormenta;
rayo desolador será mi espada.
REY Tú mandarás mi ejército, y sus jefes
(Dándole la espada del CONDESTABLE)
tus vasallos serán. Toma la espada
que el traidor Condestable nos devuelve;
en su furor insano,
ha encontrado por fin más digna mano.
JUANA Blanca bandera dadme, en cuyo centro
la imagen vea de la Madre virgen,
en sus divinos brazos estrechando
al dulce objeto de su amor profundo,
al tierno Niño, Salvador del mundo.

Escena XIII

DICHOS y un PAJE, y después un HERALDO.

PAJE Un heraldo enemigo se adelanta.

JUANA Ábrete, corazón, a la alegría;

que venga al punto, porque Dios le envía.

(Entra el HERALDO.)

REY Puedes, heraldo, hablar.

HERALDO Considerando

cuán deplorable suerte

amenaza a Orleáns si al fin sucumbe

en furibundo asalto,

del soldado la furia nuestro jefe

contiene aún, y os ruega en su prudencia

se la entreguéis al punto,

contando con su honor y su clemencia.

JUANA (Al REY.)

Dejadme responder.

HERALDO ¡Cielos! ¿Qué miro?

JUANA A los viles decid que os enviaron

cuán locos son y cuánto los desprecio,

pues ciegos esperaron,

cual a débil barquilla, el reino mío

al remolque arrastrar de su navío.

Y volad, y volad, si al campamento

antes queréis llegar de que ilumine

la bandera triunfal de mi victoria,

el vivo sol de independencia y gloria.

Escena XIV

TODOS, excepto el HERALDO.

JUANA ¡A la lid! ¡A la lid! Los vientos rompa
de la guerrera trompa
el bélico clamor, y el extranjero
se ocultará en el polvo
al sentir de mis furias las centellas
como al lucir del sol la viva lumbre
en el cielo se ocultan las estrellas.
TODOS ¡La muerte o la victoria!
(Desnudando las espadas.)
JUANA ¡Ya, valientes,
veo el laurel brotar en vuestras frentes!
¡Tú, que a la tempestad prestas aliento
(Arrodillándose.)
y humillas su furor con la mirada!
¡Tú, que das a los mundos movimiento
y arrojas a los mundos en la nada!
¡Tú, que a Sansón esfuerzo concediste
para el templo tornar en polvo vano!
¡Tú, que lirio entre espinas te levantas

y al justo ayudas y al malvado espantas,

dame romper la esclavitud impía,

dame entonar el cántico divino

de gloria y libertad, paz y alegría!

Acto segundo

Un paisaje rodeado de rocas; a lo lejos se distingue la ciudad de Reims

Escena I

LIONEL, el CAPITÁN INGLÉS, el DUQUE DE BORGOÑA, ingleses y borgoñones.

LIONEL Estos peñascos nuestro albergue sean

y el triste corazón su paz recobre,

que a los ávidos ojos del contrario

nos oculta benéfica la noche.

Ocupen, sin embargo, las alturas

los que con más valor su sino afronten,

que para el que se oculta derrotado

nunca fueron de más las precauciones.

CAPITÁN ¡Derrotados! ¿Por quién? Por vil

Doncella

de Creey, de Poitiers los triunfadores.

LIONEL ¡Derrotados! Maldita esa palabra

que de mi corazón las venas rompe.

DUQUE Aún levantar la frente nos es dado:

al infierno cedimos, no a los hombres.

LIONEL Siempre la cobardía se disfraza

con la superstición.

DUQUE ¡Lionel!

LIONEL Traidores

cobardes siempre huyeron los primeros

vuestros tan esforzados campeones.

DUQUE ¡Porque Orleáns del polvo se levanta

dirigís contra mí vuestros furores,

haciéndome, insensatos, responsable

de lo que Dios en su saber dispone!

LIONEL El Eterno reprueba la mentira,

y en vuestros labios su ponzoña corre.

Tratos habéis con el Delfín, y astuto

los primeros rasgáis vuestros pendones.

DUQUE Callad, callad, o aprenderéis bien pronto

cuánto puede un traidor con pecho noble.

Escena II

DICHOS y la REINA ISABEL.

REINA Hora vuestro sostén es la concordia,
y hora las furias sus cadenas rompen.
(A LIONEL.)
Sólo Francia vencer a Francia puede,
aplacad de un amigo los furores.
LIONEL Amigo vil el que falaz nos vende.
REINA ¿Cumpliose, ¡oh Dios!, lo que el delfín
propone?
DUQUE El rayo en polvo tornará los mundos
antes que Carlos mi amistad recobre;
pero nadie me ultraja impunemente.
REINA (A LIONEL.)
Pues de nuevo la paz renazca entonces.
(El número pensad de sus parciales.
Cuánto alcanza, pensad, su solo nombre.)
(Al DUQUE.)
Vuestro perdón el general anhela,
pues hora su injusticia reconoce.
Cure un abrazo tan profunda llaga
Grites que para siempre se emponzoñe.
LIONEL A la razón humilde se somete

el corazón que siempre late noble.

(Alargando la madre.)

La Reina dice bien; dadme la mano,

y al mirar nuestra unión retiemble el orbe.

DUQUE (Estrechando la mano a LIONEL.)

¡Cuán satisfecho queda el ofendido

cuando su falta el ofensor conoce!

REINA Tal generosidad, tanta nobleza

el merecido premio al punto logren.

Una mujer conduce al enemigo,

una mujer a su furor se opone.

Al infierno el Delfín ha convocado,

al infierno hundiréis de un solo golpe.

DUQUE Vuestra conducta con el hijo vuestro

no pueden aprobar Dios ni los hombres.

REINA La vuestra sí, que aprobación merece

truncar mil vidas con perjurio doble;

arrancar de sus sienes la corona

a un Rey que sólo os mereció favores.

Su madre soy, y aborrecerle puedo.

¿Quiénes vosotros sois? Duque, responde.

DUQUE Vengando estoy la muerte de mi padre.

LIONEL Quiero a mi patria ver reina del orbe.

DUQUE Alarde haced de vuestro doble crimen.

REINA A un destierro el malvado condenome;

¡querréis decir de mi venganza!

DUQUE Un padre,

el mundo entero le dictó tal orden.

REINA Antes que consentir feliz se llame,

antes que consentir Rey se corone,

paso hasta el mismo infierno me abriría

para pedirle rayos vengadores.

Aquí vengarme puedo, aquí respiro;

no esperéis, no esperéis que os abandone.

(Vase.)

Escena III

DICHOS, menos la REINA.

LIONEL Dios te confunda, Jezabel impía.

El reposo nos brinda clara noche,

sus benéficos dones acojamos;

la luna calmará nuestros dolores.

CENTINELA (Izquierda dentro.)

¡El enemigo! ¡El enemigo!

DUQUE ¡Cielos!

SOLDADOS FRANCESES

(Izquierda.)

¡Dios y la virgen de Orleáns!

DUQUE

Rompiose

el lazo que amarraba a nuestros males.

LIONEL Volemos a la lid; si triunfadores

el sol no nos encuentra, por lo menos

que su luz en mi tumba se desplome.

(Salen precipitadamente por la izquierda.)

Escena IV

JUANA con su bandera, LA-HIRE y soldados que entran por la derecha.

JUANA Derramando semillas de muerte,

ya el bastardo a la lid se arrojó;

vuestro brazo decida su suerte.

LA-HIRE La victoria se rinde a tu voz.

(Marchan LA-HIRE y soldados por la izquierda.)

Escena V

JUANA, sola.

¡Oh, qué gozo en mi pecho palpita!

La rodilla, tiranos, doblad.

(Desplegando la bandera.)

¡Oh, qué amparo tu imagen bendita!

Sólo tuya la gloria será.

Escena VI

JUANA y el DUQUE DE BORGOÑA.

DUQUE Ya tu vida se apaga en mis manos.

JUANA De Borgoña las armas, ¡gran Dios!

DUQUE ¿Entre tantos cobardes enanos

un gigante mirar te asombró?

JUANA Di, ¿quién eres?

DUQUE (Alzando la celada del casco.)

Esgrime la

espada.

JUANA Mi rodilla se dobla ante ti.

DUQUE Muere, pues, por mi mano, malvada.

Escena VII

DICHOS y DUNOIS, armado y con una piel de tigre.

DUNOIS Con los hombres, señor, combatid.

DUQUE Impaciente te aguarda el acero.

JUANA (A DUNOIS.)

Escuchadme, escuchadme, tened.

DUNOID Deja vengue a mi patria primero.

JUANA No es venganza la sangre verter.

¿Qué intentas, Duque, qué intentas?

¿Dónde, dónde tu enemigo?

Este ilustre campeón

de tu propia madre es hijo.

Y yo también en tu patria

mecí mi silvestre nido.

DUQUE ¿Con engañosas palabras

quieres lanzarme al abismo?

Ante mí se estrellarán

tus malvados artificios. (A DUNOIS.)

Los fuertes, no con palabras,

con acciones combatimos.

DUNOIS El temor de las palabras

de cobardía es indicio.

Escuchad, que los aceros

pronto se verán unidos.

JUANA Tú me acusas de emplear

infernales artificios.

¿Es un crimen, en los hombres,

apagar odios inicuos?

¿No es inocente, no es bello

dar a nuestra patria auxilio?

Si justas son mis acciones,

¿quién inspirarme ha podido

sino el que murió en la cruz
por redimir a sus hijos?
¡Olvida tu loca empresa,
venerable fugitivo,
y nuestros frescos laureles
besarán tu sien altivos,
que el derecho y la victoria
se alzan en un punto mismo!
Yo, la enviada de Dios,
fraternal amor te brindo;
sigue nuestro santo emblema,
(Indicando la bandera.)
por ella te lo suplico.
DUQUE (A DUNOIS.)
¡A las armas, a las armas!
Pues conozco, a pesar mío,
que con brazo de gigante
tengo corazón de niño.
JUANA No pienses que derrotados
a tus plantas nos rendimos,
Mira el campo del inglés
en cenizas convertido.
Mira la tierra sembrada
por doquier de troncos fríos.
Dios pronunció la sentencia,

y nuestra causa ha elegido.
Ángeles que tú no ves
luchan contra el enemigo,
llevando flores de lis
en sus labios purpurinos.
A tus plantas, gran señor,
tu salvación deposito.
Tu mano tiembla, por fin,
la razón tu mente ha herido.
Ya es inútil batallar;
la resistencia es delirio.
¿Qué vale cerrar los ojos
cuando el sol muestra su brillo?
Lancemos al extranjero
el rayo de su exterminio.
Compremos con nuestra sangre
la libertad que perdimos.
DUQUE ¡Qué pasa en mi corazón!
¡Quién trastorna mis sentidos!
A la convicción horrible,
en vano, en vano resisto.
JUANA Abandona al extranjero,
que, en pago de tus servicios,
con mil horrendas injurias
desgarra tu pecho altivo.

Ven a lanzarte en los brazos,
no de tu Rey, de tu amigo;
ven a consolar al pueblo,
que te llama desvalido,
DUQUE Los extranjeros me injurian,
sí, me injurian. Bien has dicho.
Y Carlos... ¡Oh! Por lo menos,
donde yo la luz ha visto.
JUANA El llanto por tus mejillas
corre en anchuroso río.
Pon las armas, pon las armas:
eres nuestro, estás vencido.
¡Los brazos, Duque, los brazos!
DUQUE (Abriendo los brazos.)
Tuyos son.
JUANA (Arrojándose a ellos.)
¡Gracias, Dios mío!

Escena VIII

DICHOS, el REY con armadura y un manto azul bordado de oro, y CABALLEROS.

REY ¡Válgame Cristo! ¿Qué veo?
JUANA La que os cercó noche umbría,

veis cambiarse en nuevo día,

en realidad el deseo.

Veis penetrar la razón

en la mente fascinada

del que os ofrece su espada

y os rinde su corazón.

REY Tarde, a fe, su triste error

a conocer ha llegado.

DUNOIS A remediar lo pasado

nunca fue tarde, señor.

REY Pero si tal quiso obrar,

si tal pensaba, ¿por que,

cuando yo le supliqué,

mi voz no quiso escuchar?

JUANA En las tinieblas perdido,

el faro entonces no vía

que conducirle debía

del bien al puerto florido.

Hoy que dó se encuentra sabe,

en su busca se adelanta.

REY ¿Será cierto, Virgen santa,

que el piloto de mi nave

vuelve al perdido sendero

que le ocultó el enemigo,

vuelve a llamarse mi amigo,

vuelve a ser mi compañero?

¡Oh, si tal placer hubiera,

soberana Virgen pura!

¡Qué más para mi ventura

y para mi patria entera!

Mas el ingrato, ¡oh dolor!,

la voz del pueblo no escucha,

que se levanta en la lucha

demandándole favor,

Desgarra con mano impía

mi regio y sagrado manto,

y es mi alegría su llanto,

y es mi llanto su alegría.

DUQUE (Arrojándose a sus plantas.)

¡Oh! ¡Perdón! ¡Perdón!

REY ¿Qué hacéis?

DUQUE Lo que el alma me dictó.

Perdón.

REY A mis plantas no,

(Estrecha al DUQUE en sus brazos y permanecen un instante en

silencio.)

en mis brazos le hallaréis.

DUQUE ¿Cómo a mi Rey pude odiar?

REY Todo perdonarlo quiero.

DUQUE ¿Cómo en pro del extranjero

pude mil veces lidiar?

REY Hoy sólo pensar debemos

cuán felices nos miramos;

hoy, Duque, nos despertamos,

hoy lo pasado olvidemos.

DUQUE No; que al punto volaré

mis faltas a reparar,

pues de otro modo aplacar

mi conciencia no podré.

Juro, a fe de caballero,

tomar las flores perdidas

a su propio tallo.

REY (Estrechando la mano del DUQUE.)

Unidas,

desafío al mundo entero.

Escena IX

DICHOS, DUCHATEL y SOLDADOS.

DUCHATEL En el campamento ondea

triunfante vuestro pendón.

DUQUE (Separándose del REY.)

¡Duchatel! ¡Oh padre mío,

cuán terrible es vuestra voz!

JUANA (Al DUQUE.)

A todos sus puertas abre

un generoso Señor.

Bañadas todas las plantas

del claro rocío son,

en el espacio sin límites

vierte sus rayos el sol.

¡Infinito en su bondad

es el Supremo Hacedor!

No neguéis que, a imagen suya,

late vuestro corazón.

DUQUE La tumba a mi padre encierra,

y yo soy su vengador.

JUANA A pesar mío conozco

cuán justo es vuestro furor.

(Señalando a DUCHATEL.)

Mas ¿probaréis que a sus manos

vuestro padre sucumbió?

Y aun cuando hacerlo pudieseis,

¿pensáis que su maldición

os lanzara vuestro padre

porque lo que ya olvidó

vos olvidaseis, curando

de un pueblo entero el dolor?

No; sus restos palpitaran
con divina animación,
y vuestro nombre escribiera
con claras estrellas Dios.
DUNOIS Algo inmolad en las aras
del bien del pueblo, señor.
REY Hora compensar podéis
cuanto vuestro Rey sufrió.
JUANA Venid, Duchatel, venid
a recibir su perdón,
que no sin justicia, el mundo
el Bueno le apellidó.
DUQUE Entre sus benditas manos
de cera es mi corazón.
Os perdono, Duchatel,
os perdono.
DUCHATEL (Estrechando la mano del DUQUE.)
¡Gran señor!
DUQUE. (Descubriéndose la cabeza.)
Dormid en paz, padre mío.
No con vuestra maldición
me castiguéis porque estrecho
la mano, que muerte os dio.
¡Perdón, perdón, padre mío!
¡Sombra ultrajada, perdón!

REY ¡Cuál va a ser mi gratitud!

DUCHATEL Cual mi respeto y mi amor,

el último pensamiento

será, ¡oh Duque!, para vos.

REY Partamos, que en Reims aguardan

con impaciencia y temor.

JUANA Nosotros con vuestro ejército

iremos, señor, en pos.

REY Adiós, pues, amparo mío.

DUQUE Adiós, virgen del Señor.

Escena X

JUANA y DUNOIS.

JUANA Id y convocad las tropas.

DUNOIS ¡Sola os quedáis!

JUANA ¿Por qué no?

DUNOIS Algún enemigo astuto

pudiera vengarse en vos.

JUANA Nada temáis, que en la tierra

mi destino aún no acabó.

DUNOIS Pero ¿qué os detiene?

JUANA A solas

quiero dar gracias a Dios.

DUNOIS Para que luego partamos,

os juro tornar veloz.

Escena X

JUANA.

Flor de madres y de esposas,
faro de los tristes seres,
fuente de claros placeres,
hermosa entre las hermosas,
bendita entre las mujeres.
¡Cuán grata tu voz sonó,
cuán dulce fue tu mirar!
En el sagrado lugar
en que mi patria alentó,
gracias mil te quiero dar.

Escena XII

JUANA y LIONEL, con espada en mano.

LIONEL Al punto esgrime, maldita,
el acero furibundo,
que quiero elevarme un templo,
o abrir aquí mi sepulcro.
Y porque sepas la honra

que en este encuentro te cupo,
no ignores que soy, Lionel,
espanto y gloria del mundo.
(Alzando la celada de su casco.)
JUANA ¡Oh! ¡Qué horror, santos del cielo!
¡Lo que estoy mirando dudo!
Tú eres la sombra que vi
del combate en el tumulto,
y que creí de mi mente
ser el fantástico fruto.
Huye; ni yo misma sepa
tu vida en mi mano estuvo.
LIONEL Deja la tuya termine,
y entonces huir te juro.
JUANA ¿A mí te atreves, infierno?
Yo castigaré tu orgullo.
(Desnuda la espada.)
Tiembla, tiembla, que la muerte
ya consigue un nuevo triunfo.

(Cruzan las espadas. Al primer golpe queda desarmado LIONEL; va a precipitarse sobre él y retrocede involuntariamente.)

Virgen santísima..., nunca.
Nunca en vano lucho.

LIONEL ¡Maldición! ¿Por qué vacilas?

Haz completo mi infortunio.

JUANA Huye.

LIONEL ¿Perdonarme quieres?

Yo tus bondades rehúso.

¿Quién tu brazo ha detenido?

JUANA La compasión.

LIONEL Negro insulto.

¿Cuándo sirvió al que venciste

tal sentimiento de escudo?

JUANA ¡Oh! ¡Qué verdad tan horrible!

Vamos, es fuerza; ¿qué dudo?

(Levantando las manos al cielo.)

Haz mi corazón pedazos,

mas deja respete el suyo.

LIONEL (¡Qué rayo de luz! Probemos;

quizá vencer es seguro.)

La gratitud en mi pecho

triunfadora se detuvo,

y confieso con vergüenza

que son mis furores humo.

Arroja esas fieras armas

que en tus manos Dios no puso.

Ven, que para hacer tu dicha

amor eterno te juro.

JUANA Calla, calla.

LIONEL ¿Qué me dice

esa turbación?

JUANA ¡Dios justo!

LIONEL Sígueme, no te detengas;

son preciosos los minutos.

JUANA ¡Oh! ¡Qué angustia! ¡Qué tormento!

(En la mayor desesperación.)

¡Basta ya! ¡Basta, verdugo!

Cerrose el cielo a mis súplicas.

Ya ningún ángel descubro.

Virgen terrible, a tu encono,

¿por qué, por qué no sucumbo?

LIONEL (Nada logro. Nueva lucha

será a mi honor nuevo insulto,

y, además, herirme puede

mientras el acero empuño.

Si lograse desarmarla,

entonces, ¡oh!) Los impulsos

del corazón pronta sigue.

¿Quién logró torcer su rumbo?

JUANA Huye.

LIONEL Jamás.

JUANA A llegar en mi encuentro van al punto.

LIONEL En expirar a tu lado

todas mis delicias fundo.

JUANA Sálvate. Si tú sucumbes,

en tus ruinas me sepulto.

LIONEL Ya te obedezco...: venciste.

Más sea el gaje seguro

de nuestro próximo encuentro

la espada que tanto pudo.

(LIONEL, que habrá ido acercándose a JUANA poco a poco, logra estrechar entre las suyas la mano en que aquélla tenía la espada, y se la arranca en este momento.)

JUANA ¡Traidor! Osaste...

LIONEL En la guerra

todos los medios son justos.

Hora, cierta es mi venganza.

¡Maldición! ¡Tuyo es el triunfo!

(Al ver acercarse a DUNOIS y LA-HIRE, se oculta detrás de una roca.)

Escena XIII

JUANA, DUNOIS y LA-HIRE.

DUNOIS Todo está pronto.

(Cediendo a la violencia de los esfuerzos que acaba de hacer, se

apoya en DUNOIS.)

JUANA Partamos.

DUNOIS ¿Qué tenéis?

JUANA ¿Yo? No presumo

cuál la causa puede ser...

Quizá la gloria..., el orgullo...,

harto placer me brindaron.

¡Soy... tan... feliz...!

(¡Cuánto sufro!)

Partamos.

DUNOIS ¡Ah! Deteneos.

JUANA ¡Maldición! Ni un solo punto.

(Cediendo a su desesperación.)

Me espantan estos lugares

de desolación y luto.

¡Defendedme, defendedme!

¡Ved el rayo! Sed mi escudo.

Más no. Con sólo tocaros

(Apartando a DUNOIS y LA-HIRE, que se habrán acercado a ella.)

a cenizas os reduzco.

(Base, seguida de DUNOIS y LA-HIRE.)

Escena XIV

LIONEL, que sale de detrás de las rocas en que se ocultó. A poco, la REINA.

LIONEL Al fin triunfó... ¡Maldita mi fortuna!
¿Por qué no se tornó tumba mi cuna?
REINA Os conocí de lejos, y al momento
he volado hasta vos. ¡Suya es la gloria!
LIONEL Nuestro será el honor del vencimiento.
REINA De sueños locos, esperanza vana.
LIONEL Amado soy de la triunfante Juana.
REINA ¡Cielo! ¿Será verdad? ¿Quién tal os dijo?
LIONEL Su propia boca. Contemplad su acero,
que abandonó en mis manos como prenda
de inextinguible amor. Luego corramos
a brindar nueva lid al enemigo,
que de recuperar gloria perdida
yo con mi honor respondo y con mi vida.
REINA Aún hay medio mejor si en vuestro pecho
palpita un corazón grande y osado.
LIONEL Hablad, hablad; me abraso de
impaciencia.
REINA Lo que infunde valor tan extremado
al contrario adalid es la creencia
de que Juana es del cielo un enviado.

¿No es su sola presencia

la que siempre a los nuestros ha espantado?

Pues bien: volad a Reims, y al pueblo todo

hoy declarad, armado en osadía,

que sierpe engañadora es del infierno,

la que virgen creían del Eterno.

En vuestro apoyo, la pasión decidles

que os confesara impúdica y traidora;

enseñadles la espada acusadora,

y brotarán en sus ingratos pechos,

a tan claras señales,

de la santa verdad limpios raudales.

Si tal logramos, la victoria es nuestra.

¿Tendréis valor para arriesgar sereno

la dulce vida por la patria vuestra?

LIONEL Adiós, señora; limpio el horizonte,

sin una sola nube, me sonríe.

REINA (¡Alienta, corazón!) ¡El cielo os guíe!

Acto tercero

Una gran plaza; en el fondo, la catedral, cuya fachada y entrada principal estarán de frente al público

Escena I

LIONEL, CLAUDIO, ESTEBAN, LUISA, MARGARITA y pueblo.

ESTEBAN Ya se acercan, ya se acercan.

MARGARITA Al momento llegarán,
y sitio más ventajoso
no habremos podido hallar.
(En tono de reconvención.)

ESTEBAN ¿Por ventura es culpa mía?
¿No ves cuál la calle está?

LIONEL (Heme aquí; toda la sangre
en mis venas nieve es ya.)

MARGARITA ¿Vamos a volver a verla?
¡Cuánta es mi felicidad!

LUISA Sí, sí; y en el apogeo

de su gloria sin igual,

y entonces, «es nuestra hermana»,

nos será dado exclamar.

LIONEL (Envuelto en la muchedumbre

entrar pude en la ciudad,

y hasta estos propios instantes

nadie llegó a sospechar

que un enemigo se oculta

bajo tan torpe disfraz.

Más, ¡gran Dios! ¿Llegaré al puerto

con tan bonancible mar?)

MARGARITA Hasta yo propia mirarlo,

no podré creer jamás

que esa guerrera invencible,

la doncella de Orleáns,

es la hermana a quien perdida

no he cesado de llorar.

ESTEBAN Allí viene; mira.

LUISA ¡Cielos!

LIONEL (Arde en mi pecho un volcán.)

Escena II

Una música militar abre la marcha, y todos los demás personajes

atraviesan la escena y entran en el templo por el orden siguiente:
dos heraldos, alabarderos, magistrados con traje de ceremonia,
mariscales; el DUQUE DE BORGOÑA, con la espada; DUNOIS, con el
cetro; otros grandes, con la corona, el globo, la mano de justicia y
varias ofrendas; caballeros con hábitos de diferentes Órdenes; niños
vestidos de blanco, con ramas de oliva en la mano; dos obispos, el
arzobispo, el gran CANCILLER y JUANA con su bandera; lleva la cabeza
inclinada, y todo en ella debe manifestar la mayor turbación y
tristeza; después se adelanta el REY, seguido de su servidumbre; la
tropa cierra la marcha.

PUEBLO ¡Gloria a Juana de Arco!
OTROS ¡Viva
el Rey!
LUISA ¡Cielos, mírala!
MARGARITA ¿Dónde?
LUISA Delante del Rey.
MARGARITA Ya la veo, a mi pesar,
que una rosa era su rostro
y triste azucena es ya.
LUISA ¿Por qué en la iglesia no entramos?
MARGARITA Ya la hemos visto.
LUISA Quizá
podremos hablarla.
MARGARITA ¡Hablarla!

Loca, hermana mía, estás.

Entre príncipes y reyes

logró su puesto fijar,

y los vínculos ya rotos

nunca a unirse tornarán.

LUISA Cómo, ¿nos despreciaría?

ESTEBAN ¡Qué locura! El manantial

de su ternura por siempre

su corazón regará.

(En este momento habrá acabado de entrar todo el pueblo en la iglesia.)

MARGARITA Partamos.

LUISA Pues lo deseas, partamos.

ESTEBAN Como queráis.

Escena III

LIONEL, solo.

Cuando abandonen el templo

y en aquesta plaza se hallen,

yo pisaré la cerviz

de esa sierpe abominable.

Y no importa que sucumba

sí logro, ¡oh patria!, salvarte,
que es contigo, dulce amiga,
mi vida llena de afanes,
lo que con un arroyuelo
la inmensidad de los mares.
Pero alguien viene; entre el pueblo
será forzoso ocultarme,
que muchos en la refriega
ver pudieron mi semblante,
y apartándome de todos
hago el peligro más grande.
(Se entra en la iglesia.)

Escena IV

THIBAUT, solo.

¡Cuánto sufro, Dios clemente!
Tu santa bondad me ampare.
¡Hija de mi corazón!
Es fuerza que yo te salve.
¡Devolvédmela, tiranos;
tened compasión de un padre!
¡Oh! Vosotros no sabéis

que en llanto mis ojos arden.

Ved que a la flor no perdonan

los furiosos huracanes.

Es mía, me pertenece;

dádmela, dádmela, infames.

(El órgano se oye en este momento. Pausa.)

¡La salvaré! Sólo aguardo

un momento favorable.

¡Si se negará a seguirme!

Sería el último ultraje,

y mi justa furia entonces...

(Sale JUANA del templo.)

¡Hija mía!

(Al verla, arrojándose en sus brazos.)

Escena V

DICHO y JUANA.

JUANA ¡Padre, padre!

THIBAUT ¡Oh! No te apartes de aquí.

JUANA ¡Padre mío! ¿Será cierto

que en este vasto desierto

late un corazón por mí?

THIBAUT ¿A tu padre amas de veras?

JUANA ¿Lo dudáis? ¡Destino impío!

THIBAUT Si lo dudara, ángel mío,

muerto en tus brazos me vieras.

JUANA ¿Cómo no os hallo irritado

por mi injusto proceder?

¡Oh, gracias! ¡Cuánto placer

habéis en mí derramado!

THIBAUT Eres mi sola ilusión,

mi consuelo, mi tesoro,

y sólo sé que te adoro

con todo mi corazón.

¡Oh! Cuanto más te contemplo,

más hermosa me pareces.

Más, sin terminar las preces,

¿cómo abandonaste el templo?

JUANA Su voz el órgano alzaba,

y pausada y violenta

cual horrísona tormenta,

en mi oído retumbaba.

Llegome el aire a faltar,

sentí extinguirse mi vida,

y corrí desfallecida

mis angustias a calmar.

THIBAUT ¡Oh! ¡Qué venturoso instante!

¡Qué placer tan grande pruebo!
Ven, abrázame de nuevo
Mas, ¿qué tienes?... Tu semblante
pálido está... ¿Por qué lloras?
¿No eres feliz?
JUANA Sí lo soy,
pues vos me recordáis hoy
aquellas tan dulces horas
en que mil gratos olores
la montaña me ofrecía,
cuando el rebaño pacía
sobre su alfombra de flores.
Nunca, nunca me digáis
que pasó tanta ventura,
pues mi eterna desventura
si tal hiciereis labráis.
Y, en efecto, no pasó;
tan sólo soñando vi
los males que padecí.
y ya el sueño terminó.
Que después de quebrantar
del fuerte el rabioso encono,
y de levantar un trono
que iba en el polvo a rodar,
desperté limpio mi honor,

y encontré, al abrir los ojos,

en vez de triunfos, amor,

flores mil en vez de abrojos.

THIBAUT Repite, por compasión,

que sus glorias trocarías

por aquellas alegrías

de la paterna mansión.

¡Qué inexplicable placer!

¡Loco estoy! ¡Hija querida!

¡Muerto, me has dado la vida!

Hoy soy más joven que ayer.

Ni un solo instante perdamos.

Todo preparado está,

y ni el mismo sol sabrá

do te oculto... Ven, huyamos.

¡Qué...! ¿Vacilas? ¡Maldición!

Aparta, traidora hiena,

no más insultes mi pena;

mármol es tu corazón.

Pero, ¿qué digo? Perdona,

perdona mi desvarío,

y enjuga este llanto mio,

que acerbo dolor pregona.

Domina ese frenesí

que va tu muerte a causar,

y torna al paterno hogar.

¡La reina serás allí!

Desde tu adiós postrimero,

los prados no han florecido,

y con lúgubre balido

te llama el triste cordero.

No se despeña el torrente

con sus gritos de alegría,

sino en ayes de agonía

murmura pausadamente.

No cantan cruzando el viento

los canoros ruiseñores,

sino entre marchitas flores

lanzan agudo lamento.

No es el céfiro tan leve,

no brilla el sol tan seguro,

no es el rocío tan puro,

y no es tan blanca la nieve.

Torna al marchito pénsil,

do serás pura y contenta

lo que el sol tras la tormenta,

lo que la lluvia en abril.

Ten piedad de mi dolor,

Qué, ¿tardas en responder?

¡Cielo santo! ¿Y he de ver

muerta mi esperanza en flor?

(Pausa, y oyese el órgano de nuevo.)

JUANA En mi patria hay todavía

ingleses que derrotar;

no me obliguéis a faltar

a lo que a Dios juré un día.

THIBAUT Queda en paz; Naturaleza

en ti su camino errara:

queda en paz; yo en paz quedara

si fuera en mí tu tibieza

Recibe mi adiós postrero.

No te doy mi maldición.

JUANA Padre, padre, compasión;

ved que Dios es lo primero. (Vase THIBAUT.)

Escena VI

JUANA.

¡Oh! Mi padre me abandona.

¡Cuánto sufro, Virgen pura!

Mas no llegó todavía

el castigo de mi culpa,

que debe ser, ¡me estremezco!,

un abismo de amarguras.

(Queda abismada en su aflicción, y en este momento se perciben también los sonidos del órgano. Después de una pausa, exclama en el extremo de la desesperación:)

Sí, le adoro; en vano lucho:
toda el alma mía es suya.
¡Oh! Que nadie lo comprenda;
primero mil muertes sufra.
¿Por qué, por qué no cumpliste
lo que juraste, perjura,
lo que te ordenara Dios?
Cual te prometió, ¿no triunfas
en el combate? ¿Mil lauros
en tu frente no fulguran?
¡Lionel! Nunca mis ojos
vuelvan a mirarte; nunca.
De vergüenza y de dolor
me ocultaría en la tumba,
dejando escrita en mi rostro
la acusación de mi culpa.
¿Por qué no hieren mi oído
los acentos de la lucha?
¿Por qué la terrible espada

en mi mano no relumbra?

La sangre del enemigo

bálsamo fuera a mi angustia.

(Desde este momento el cielo empieza a cargarse de nubes.)

Escena VII

JUANA, el REY, todos los personajes que entraron en la iglesia e

INÉS.

REY Gracias doy a mis fuertes defensores,

y perdonados son mis enemigos;

que su perdón el cielo me ha otorgado,

y flor inmarcesible

debe ser el perdón en mi reinado.

De nuevo respirad: en la corona

que habéis regado con la sangre vuestra,

cuando sintió del sol la lumbre altiva,

comienzan a brotar ramas de oliva.

Contemplad el arcángel inocente

que el extranjero yugo

logró romper con mano omnipotente.

Altares levantad a su memoria.

¡Su nombre bendecid, cantad su gloria!

CANCILLER ¡Gloria a la virgen de Orleáns!

LIONEL (¡Oh rabia!)

REY Si la primera luz viste en la tierra,

a tu señor confía

el premio que tu ardiente fantasía

en sus más altos vuelos ambiciona:

tuya es mi vida y tuya mi corona.

¿Eres ángel de luz en el altura,

o a la raza del hombre perteneces?

Habla, por compasión...

JUANA ¡Jesús mil veces!

(Al ver a LIONEL, que se adelanta y permanece con los brazos cruzados.)

REY (Después de una pausa.)

¿Quién eres tú? Responde; yo lo mando.

¿Quién eres tú que rayo descendiste,

el verde tronco del placer quebrando?

LIONEL Mírame bien, Dunois: mil y mil veces

te hizo temblar mi rostro en el combate;

mírame bien, y dime si en tu pecho

tranquilo el corazón cual siempre late.

DUNOIS ¡Lionel! ¡Lionel! Tan vil insulto

mi acero castigara

si no temiera que de negro oprobio

tu sangre de cobarde le manchara.

Digna es de ti la suerte que te espera:

mandad, señor, que cual villano muera.

LIONEL Pronto estoy a morir: insano advierte

que, pues llegué hasta aquí, busco la muerte.

Con Dios te queda, ¡oh pueblo desdichado!

Adiós, fuertes guerreros que al abismo

habéis en vuestra ayuda convocado.

REY Bendice a Juana y tiembla, fementido:

tus palabras dictaron tu sentencia.

LIONEL Bendecidla vosotros, que mil veces

la jurasteis postrados obediencia;

mas ¿respetarla yo, que ansioso busco

de mi muerte el horrendo precipicio,

para poder deciros solamente:

donde veis la virtud, se encuentra el vicio?

Con sólo yo quererlo, Juana de Arco,

alzando mis pendones, en el polvo

los vuestros arrojara, cien victorias

mi brazo alcanzaría;

si a su maldito amor correspondiese,

la palma fuera de la patria mía.

REY Basta, impostor.

LIONEL Sin duda vuestros ojos

pruebas anhelan ver. Tomad la espada

que la suerte trazó de la contienda;

es de su impuro amor nefaria prenda.

Amado soy de un ángel que maldigo.

Dunois ¡Mientes, traidor!

(En este momento estalla la tempestad.)

LIONEL ¡El cielo es mi

testigo!

INÉS La sorpresa su voz tiene embargada.

(En la más viva ansiedad)

Habla, por compasión, tu voz oigamos.

LA-HIRE Todos en vos, señora, confiamos.

DUCHATEL (¡Santos cielos, qué suerte nos espera!)

INÉS Silencio tan fatal me desespera.

Harto bien tus virtudes conocemos.

Dinos: «Soy inocente», y te creemos. (Truenos.)

JUANA ¡Oh!

LIONEL Responde a la voz del ronco trueno;

di que tu corazón es inocente,

que soy un impostor; alza los ojos;

mírame, si te es dado, frente a frente.

¡Su silencio os revela su delito,

vuestra misma razón os le revela!

¿Mil veces vuestros labios no dijeron

que una doncella que a la lid se lanza,

y hiere y mata con la vista sola,

ser sobrenatural era sin duda?

Pues bien: a Dios pertenecer no puede,

que con impuro amor está manchada.

Ved cuál confunde... vuestro santo celo.

(Con ironía.)

Las obras de Luzbel con las del cielo.

(Trueno. El pueblo, dando muestras de horror, huye despavorido por todos lados.)

DUNOIS ¿Dó despeñado vas, ingrato pueblo,

(Con energía.)

sin virtud, sin razón sin fe, sin brío?

¡A ti..., y a la tormenta desafío!

¡Es pura cual la estrella más brillante!

Si alguno lo dudó, coja ese guante. (Le tira.)

CANCILLER ¡Ah! ¡Deteneos! El furor celeste

(Cogiendo el guante.)

doblar podemos sangre derramando.

La de un padre es mi voz: responde luego.

(A JUANA.)

que de Dios en el nombre te lo ruego.

¿Eres digna del alma que te diera?

JUANA No, no mil veces no; nunca lo fuera.

(Cediendo a la violencia de la desesperación.)

En la voz de ese monstruo rebelado

me acusa enfurecido el mismo infierno.

¡La ronca voz me acusa del Eterno!

Huid, huid; las dudas os condenan;
mi contacto y mi aliento os envenenan.
Pero si algún mortal, a su despecho,
llega a compadecer mi triste suerte,
venga sin dilación con mano fuerte
y el corazón arránqueme del pecho.

INÉS ¡Oh! ¡Qué horror!

DUNOIS ¡Maldición!

REY Destino impío.

CANCILLER ¡Treguas da a su furor, treguas, Dios mio!
Castigadla, señor, y así salvemos (Al REY.)
el insondable mar de acerbos males
que el indignado cielo nos prepara.
Su muerte decretad.

DUNOIS ¡Basta, inhumano!

REY Antes mi propia muerte decretara.

CANCILLER ¡No cumple de tal suerte un Rey cristiano!

REY Yo no puedo olvidar que no ha un momento
recibí la corona de su mano.

CANCILLER Pronto, señor, tus ojos
la llorarán perdida.

REY Con mi corona, pues, compro su vida.
Libre partid. (A LIONEL.)

DUNOIS Señor.

REY Bien te comprendo;

mas es mi voluntad que al campo torne
para que al fin comprendan los cobardes
que en las sangrientas lides derrotamos
cuanto al débil nosotros respetamos.
LIONEL No te impacientes, pronto nos veremos.
Mi ejército os espera
a una milla de Reims.
REY Pronto, muy pronto
en la lid me hallarás.
DUNOIS Allí tu sangre (A LIONEL.)
la sed aplacará de mi venganza,
mi rabia llevaré; corre y apresta
tu más fuerte bridón, tu mejor lanza.
(DUNOIS y LIONEL salen cada uno por su lado.)
INÉS Venid, señor, venid.
REY Al punto os sigo...
Juana de Arco, tu juez aún es tu amigo.
La ciudad abandona libremente;
mas nada temas, ni el menor insulto,
que aunque ya tu baldón ninguno duda,
contra la patria mía
y el orbe entero mi poder te escuda.
JUANA ¡Oh!

(Cae de rodillas, ocultándose el rostro con las manos. Vanse el REY

y todo el acompañamiento dando muestras de horror y sentimiento; se oye un trueno lejano y en seguida sale THIBAUT.)

Escena VIII

JUANA y THIBAUT.

THIBAUT ¡No es posible!... ¿Y a dudar me atrevo
lo que acabo de oír? ¡Destino impío!
¡Hija de mis entrañas! (Viendo a su hija.)
JUANA ¡Padre mío!

(JUANA se precipita en los brazos de THIBAUT. Quedan un momento abrazados y cae el telón.)

Acto cuarto

Interior de una torre. Un muro en el foro, desde el cual se descubre el campo

Escena I

LIONEL Si el francés cumple cual debe,

en breve nuestras banderas
se levantarán triunfantes
en medio de la refriega.

Escena II

LIONEL y la REINA

REINA Albricias, Lionel, albricias;
ya nuestra dicha es completa.
LIONEL Mas ¿qué sucede? Explicaos,
que me abraso de impaciencia.
REINA En cuanto vos me dijisteis
que la maldita hechicera
hoy mismo de Reims salía,
concebí la gran idea
de acercarme a sus murallas
por escondidas veredas,
para ver si al fin podía
rendirla a mis plantas presa.
Seguida de seis valientes
partí cual veloz centella,
sin detenerme un instante,
con riesgo de mi existencia.
El cansancio todavía

no agotaba nuestras fuerzas,
cuando muy próxima vimos
a la temible guerrera
sostenida por un hombre
de nevada cabellera.
Lánzome como el milano
sobre mi tímida presa,
que se rinde en el instante
conociendo su impotencia.
El viejo, por el contrario,
se propuso defenderla;
pero, levemente herido,
cayó sin sentido en tierra.

VOCES (Dentro.)

¡Muera! ¡Muera!

REINA Escuchad bien.
Muera dicen. Ya se acerca.
Es forzoso que apaguéis
el sol de su vida.

VOCES ¡Muera!

LIONEL Bien, morirá; mas primero
quiero hablarla.

REINA Bien hicierais
en no dilatar un punto...

LIONEL Dejadme solo con ella.

REINA Mas advertid...

LIONEL Advertid

que yo a solas quiero verla.

Mandad que al momento mismo

la traigan a mi presencia.

REINA El infierno te confunda;

morirá, quiero que muera. (Vase.)

Escena III

LIONEL.

¡Si cumplo lo que deseo,

tuyo es el orbe, Inglaterra!

Escena IV

DICHO, JUANA, con una cadena que la sujeta las manos, y SOLDADOS.

LIONEL Retiraos. (Salen los SOLDADOS.)

JUANA (Al ver a LIONEL.)

¡Santo Dios!

LIONEL Acércate, nada temas.

Juro respetar tu vida;

no en mí tu enemigo veas.
JUANA Enemigo de mi pueblo,
cesa de injuriarme, cesa.
LIONEL Haces bien: de abnegación
da a tu patria nuevas pruebas,
hora que a saber llegaste
cuál los sacrificios premia.
Corres en pos de la muerte
por comprar su independencia,
y ella, su deber hollando,
a nuestro furor te entrega.
¡Si nuestra causa amparases,
cuál otra tu suerte fuera!
Amada y obedecida
te alzarías nuestra Reina,
y sólo con tú quererlo
al sol hiciéramos guerra.
Una vez rendida Francia,
Rindiérase Europa entera,
y el orbe retemblaría
al son de las trompas nuestras.
¡Oh fuerte y divino Marte!
Empuña nuestras banderas,
y exclamar entonces puedes:
«Yo soy el Dios de la tierra.»

JUANA ¿Cómo mi amparo pretendes,
el de una vil hechicera?
LIONEL Yo nunca supe si moras
entre serpientes o estrellas,
mas sé que obediente gira
hacia donde tú la ordenas
la rueda de la fortuna,
y esto sólo me interesa.
¡Maldición! Te odio y desprecio
cuando mi vida respetas.
JUANA ¡Cielos!
LIONEL TE admiro y te adoro
cuando tú ya me desprecias.
JUANA ¡Cese tu enojo, Dios mío!
¡Dame fuerzas! ¡Dame fuerzas!
Si es verdad que el alma tuya
dulce gratitud encierra,
entre tu patria y mi patria
brote oliva placentera.
El gran botín restituye,
rompe grillos y cadenas.
Da rehenes de gran precio
de santo convenio en prueba,
y en nombre del soberano
te ofrezco paz duradera.

LIONEL Vuelve en ti, los ojos abre,

y tu situación contempla.

No dictar leyes te toca,

sino implorar mi clemencia.

Cual tormentoso nublado

mis enemigos se acercan.

Ampáranos en la lucha;

allí vengarás tu ofensa,

allí te esperan guirnaldas,

aquí... la tumba te espera.

JUANA Corre y ajusta las paces,

toda condición acepta:

¡mira que pronto, muy pronto,

quizá ya tiempo no sea!

¡Piensas que la libertad

puede extinguirse en la tierra;

piensas que el Eterno, en balde,

las naciones dividiera;

piensas triunfar en la lucha!

¡Tiembla, insano! ¡Tiembla! ¡Tiembla!

Escena V

DICHOS y el CAPITÁN inglés.

CAPITÁN (Desde la puerta.)

Señor, es fuerza que os hable.

LIONEL Habla, pues, no te detengas.

CAPITÁN A las puertas de la torre

cien enemigos se encuentran,

que parte formar pretenden

de nuestro ejército.

JUANA ¡Oh mengua!

LIONEL Diles que tu general

dichoso se considera

al acceder a sus ruegos.

¿Y qué razones alegan

para disculpar...?

CAPITÁN Ninguna.

Ya con un diablo no cuentan

que los ayude, y emprenden

de su salvación la senda.

Según entender pudimos,

todas sus tropas se encuentran

desalentadas, malquistas

con el Rey, porque, con mengua

de todos, a Juana de Arco

desterró; también sin treguas

sufre el Rey arrepentido

¡Gran día se nos presenta!

LIONEL (Al CAPITÁN, que se iba.)

Escucha. Cuando salgamos
para trabar la contienda,
el interior de la torre,
los que ya traidores fueran,
queden guardando; los nuestros
nunca de vista los pierdan,
y guarden los exteriores,
No quiero que a luchar vengan;
pudieran en el combate
fraguar una traición nueva,
que por siempre a los traidores
dañada el alma les queda.
En esa puerta, al momento,
(Señalando la de entrada.)
coloca una centinela:
de los contrarios elige
el que más viejo parezca,
y quedará bien guardada;
que jamás el viejo arriesga
la vida que tanto adora,
y obedece a quien le ordena.

Escena VI

DICHOS y la REINA, precipitadamente.

REINA Corred, señor, corred; en vuestro campo
la ronca voz de Marte se levanta.
Rápido el enemigo se adelanta.
Desplegados sus bélicos pendones,
en los aires se mecen altaneros,
y sus armas relumbran cual luceros
entre el polvo que mueven sus bridones.
JUANA No te detengas, el raudal desata
de tu loco furor. Corred, ingleses,
hora de combatir sólo se trata.
REINA Desgraciada, reprime tu alegría;
terminar no verás la luz del día.
JUANA Hiéreme, por favor, a tu albedrío,
ensangrienta tus manos inocentes.
¿Qué me importa morir, si mis valientes
hoy ya no han menester del brazo mío?
LIONEL Quedaos, Reina, aquí; ni un solo punto
de Juana os separéis.
REINA Partid tranquilo.
CAPITÁN ¿Cómo, señor, marcháis a la pelea
sin dejar su existencia terminada?
JUANA ¿Te asusta una mujer encadenada?

¿Y eres un hombre? No, que si lo fueras,

de vergüenza y dolor muerto cayeras.

LIONEL Júrame no fugarte de esta torre,

bendecir mi clemencia, respetarla.

(Vase el CAPITÁN.)

JUANA Mi libertad, mi libertad anhelo;

a toda costa juro recobrarla.

(Se oyen clarines al pie de la torre.)

LIONEL. (A la REINA.)

Pues que lo quieres, sea.

Antes su muerte que su fuga vea:

Muera también si vence el enemigo.

REINA Nada habéis que temer, queda en mis manos.

LIONEL Ruégale al cielo que te dé su ayuda.

JUANA Tiemblen ante su encono los tiranos.

(El CAPITÁN coloca un centinela en el lugar indicado por LIONEL.)

Escena VII

JUANA, la REINA, el CAPITÁN y el CENTINELA.

JUANA (Al oír la música marcial de los franceses.)

Ya la canción guerrera de mi pueblo

retumba aquí, mi rabia despertando.

¡Adelante, valientes, adelante!
¡La campiña tornad sangriento charco;
rodad sobre el inglés cual roca enorme
desprendida del monte por el rayo!
¡Muera! ¡Adelante! ¡Muera, pueblo mío;
nada debes temer voy a tu lado!
¡Ya delante de ti, blanca bandera,
llevar no puedo, cual triunfante ornato;
pero los fuertes muros que me oprimen,
rápida el alma mía ha traspasado,
y ardiendo en sed de libertad y gloria,
contenta sigue tus guerreros cantos!
REINA ¡Me causas compasión! Dime, ¿qué fueron
esos tus campeones denodados,
antes de que brotases del abismo
para perder sus almas y ayudarlos?
JUANA ¿Cuál de las dos, purísima señora,
ha del abismo por su mal brotado?
Responde por piedad. Dime, ¿no es cierto
que la culpable soy? ¿Cómo dudarlo?
Corred, hijas, corred; esposas, madres,
venid, venid do encontréis trazado
por la mujer más santa de la tierra
el sendero que al bien puede llevaros.
Ceñid su frente de guirnaldas, premie

tantas virtudes general aplauso.

Empuña del traidor el impío acero,

y en mi pecho sumérjalo tu mano;

que así coronar puedes tus hazañas,

y hacia tu salvación das otro paso.

Tranquila estoy: desprecio tus furores.

Mírame sonreír. El golpe aguardo.

¡Oh!, del averno inexorable furia,

polvo debiera hacerte entre mis brazos.

REINA Vas al punto a morir; pero, no, vive

hasta que hayas mi gloria contemplado.

Subid al muro, y de la fiera lucha (Al CAPITÁN)

sin treguas referid los trances varios.

(El CAPITÁN sube al muro.)

JUANA ¡Valor, valor! Es el postrer combate.

¡Otra victoria más, y al fin triunfamos!

REINA Dinos lo que ver puedas. (Al CAPITÁN.)

CAPITÁN Un furioso

que monta un alazán del aire espanto

y que de un tigre con la piel se adorna,

su corazón de tigre revelando,

hiende los más espesos batallones

cual un rayo de sol monte nevado.

JUANA Es el conde Dunois. ¡Fuerte guerrero,

sólo vales por mil de los contrarios!

Adelante, contigo es la victoria.

CAPITÁN El duque de Borgoña ataca el campo.

REINA Permita Dios que matador acero

(Con reconcentrado furor.)

rasgue tu corazón en mil pedazos.

¿Ondea aún la enseña de los nuestros?

CAPITÁN Hundirla todavía no han logrado.

REINA Mira si descubrir al Delfín puedes.

CAPITÁN Ya todos en el polvo se ocultaron.

JUANA Si tuviera mis ojos, ¿qué importara

se alzase el polvo guerra a declararnos?

En su rápida fuga contar puedo

la inmensa multitud de aves de paso,

y el fiero halcón descubro sumergido

de la región del aire en lo más alto.

CAPITÁN Cerca del foso lidian los más fuertes;

encarnizada lucha aquí trabaron.

JUANA ¡Oh! ¡Maldición! ¿Por qué, por qué no puedo

al través de una brecha contemplarlos?

A lo menos así, con la mirada,

la lucha dirigir me fuera dado.

CAPITÁN El general inglés ha sucumbido.

REINA ¡Cielos! Tu muerte es cierta.

CAPITÁN ¡Ya está en salvo!

REINA En tu favor acuden los infiernos.

Hablad.

JUANA ¡Por compasión!

CAPITAN ¡Qué estoy mirando!

¡A un príncipe no más, ciento acometen!

(Después de una pausa.)

¡Es al conde Dunois!

REINA ¡Nuestro es el lauro!

JUANA ¡Y sola una mujer, encadenada,

el medio soy de tan horrendo estrago!

REINA A desmayar empiezas.

JUANA ¡Nunca, nunca!

CAPITÁN ¿Quién lleva un manto azul, de oro bordado?

JUANA Mi Rey, mi Rey. (Con ansiedad.)

CAPITÁN Su bruto se desboca,

espantado sin duda.

JUANA ¡Cielo santo!

CAPITÁN ¡Al fin cayó!

REINA ¡Oh ventura!

Ya los nuestros

se abalanzan a él.

JUANA ¡Fuera! ¡Apartaos!

(Forcejeando por romper la cadena que la sujeta las manos.)

¡Oh! ¡Malditas cadenas, cuál resisten!...

¡Y habrán de ser más fuertes que mis manos!...

¡Aguardad! ¡Aguardad!... ¡Sólo un momento!

¡Oh! ¡Desesperación! ¡Van a matarlo!

Gózate, al fin, en tu gloriosa hazaña.

De tu impiedad aplaude el resultado.

¡Qué digo... ¡Loca estoy!... ¡Perdón, señora!

Tus plantas riega mi copioso llanto.

Es tu sangre, tu sangre, y al herirle

clavarás en tu pecho el fiero dardo.

Sé madre al fin y sálvalo: dos veces

te deberá la vida el desdichado.

Dame al lado volar del hijo tuyo,

dame la tabla ser de su naufragio,

y en el momento en que su vida salve,

vendré a dejar la mía entre tus manos.

Estos hierros me muerden, me devoran,

rómpelos, por piedad..., me están matando.

REINA A mis plantas..., así... Reptil inmundo,

del tigre compasión implora en vano;

ya lo ves, ya lo ves, tú al fin sucumbes,

y yo sobre tus ruinas me levanto.

JUANA ¡Oh! ¡Qué rumor!...

(Desde este momento dejan de oírse la música y los clarines, únicas señales del combate que deben haberse percibido muy confusamente.)

REINA ¡Gran Dios!

JUANA ¿Qué significa

CAPITÁN Ya persigue el inglés al derrotado.

REINA ¡Oh! ¡Placer sin igual!

JUANA ¿Por qué, Dios

mío,

el brazo de la muerte no es mi brazo?

Sólo la madre que aborrece a un hijo

puede tornar los libres en esclavos.

REINA Tan grandioso espectáculo mis ojos

anhelan presenciar.

CAPITÁN Yo corro al campo.

(Vase.)

JUANA Siempre tú fuiste mi esperanza y gloria.

Eres justo, señor. Dame tu amparo.

(El centinela, que habrá hecho cuanto esté de su parte por que el público no le conozca, mira con precaución a todos lados, se lanza sobre JUANA y la quita la cadena.)

THIBAUT. (Con la mayor rapidez.)

Corre a la lucha, pues así lo quieres;

preferible es tu muerte a tu quebranto.

JUANA (Con la mayor rapidez.)

¡Cielos!

(Sorprendida al reconocer a su padre.)

THIBAUT (Con la mayor rapidez.)

Tu padre soy. (Dándola su espada.)

JUANA (Con la mayor rapidez.) ¡Bendito seas!

(Arrojándose en sus brazos.)

¡Gracias, clemente Dios! ¡Tiembla, tirano!

(Vase precipitada mente con la espada en la mano.)

Escena VIII

THIBAUT y la REINA, bajando del muro precipitadamente.

REINA ¡Traición! ¡Traición! Osaste fementido

Aparta.

THIBAUT Atrás, señora.

(Colocado delante de la puerta.)

REINA Paso, paso.

THIBAUT Esperad a que salga de la torre.

REINA Guardadas son las puertas, insensato,

y antes la mirarás muerta que libre.

THIBAUT ¡Cómo he podido, cielos, olvidarlo!

(Desde este momento se empieza a oír más cercano el ruido del combate, la música y los clarines, pero de modo que no interrumpa la representación.)

Mas ¡qué rumor! Oíd, oíd..., no hay duda,
ya vuela libre por el rojo campo.
¿Olvidaste, señora, que al mirarla
siempre retrocedieron tus vasallos?
REINA ¡Oh baldón sin igual! ¿Pero quién eres
para arrostrar mi furia, viejo insano?
THIBAUT Un hombre soy que morirá contento
si a Juana logra contemplar en salvo.
Su padre soy; el infeliz, señora,
que ser le dio su dicha asesinando;
el que hirieron los tuyos cuando, loco,
sin mirar su aislamiento ni sus años,
quiso arrancarte la paloma suya.
REINA Mientes; aquel traidor no era un soldado.
THIBAUT Cercado de una turba de guerreros,
que para ser ejemplo de malvados
a esta torre sus pasos dirigían,
me encontré al despertar de mi desmayo.
Con la esperanza de volver a verla
con el guerrero traje me disfrazo,
sagaz entre los viles me confundo,
llego a la torre, al fin, y a Juana salvo.
REINA Segura muerte al batallar le espera.
THIBAUT Mil y mil muertes vos le hubierais dado.

Escena IX

DICHOS, el CAPITÁN y SOLDADOS.

CAPITÁN Los soldados franceses, gran señora,
en pos de la hechicera se fugaron;
temerosos los nuestros también huyen.
REINA ¿Y decírmelo osáis? ¿Y vuestros labios
no abrasaron palabras tan fatales?
¡Sois cobardes a fe! Pronto, vengaos.
Ese traidor ha roto sus cadenas.
(Señalando a THIBAUT.)
SOLDADOS ¡Muera, muera!
REINA Corred.

Escena X

DICHOS, DUNOIS y SOLDADOS franceses.

DUNOIS Atrás, villanos.

(Poniéndose delante de los ingleses, que iban a precipitarse sobre
THIBAUT con las armas en la mano.)

Mi prisionera sois. (A la REINA.)

REINA ¡Poder del cielo!

Arrastradme al confín más apartado

con tal de que no vea al Rey impío,

que el seno maternal desgarra ufano.

DUNOIS La madre sois de nuestro Rey, señora.

Respetados serán vuestros mandatos.

REINA En el instante huyamos de estos sitios.

DUNOIS Seguidla vos.

(A un jefe de los soldados que con él entraron. Vase la REINA y el jefe.)

Escena XI

DUNOIS, THIBAUT y SOLDADOS ingleses y franceses; éstos desarmarán a aquéllos.

THIBAUT Señor, y Juana de Arco

vive, ¿no es cierto?

DUNOIS ¡Contemplad mis ojos!

¡Cuántas lágrimas, cielos, derramaron!

THIBAUT ¡Desdichado de mí!

DUNOIS ¡Cortó la parca

de su temprana edad el tierno tallo!

Escena XII

DICHOS, cuatro SOLDADOS, que conducen una camilla adornada con escudos y banderas enemigas, en la cual viene JUANA mortalmente herida y sin dar ninguna señal de vida. El REY, que entra lentamente, apoyado en el DUQUE DE BORGOÑA, LA-HIRE, DUCHATEL y SOLDADOS franceses con banderas.

DUQUE Basta, basta, señor, injustos fuimos.
Ella ve nuestros pechos angustiados.
REY ¡Oh! Tranquila reposa cual un niño
(Acercándose a JUANA, después de una pausa.)
que de su madre duerme en el regazo.
THIBAUT ¡Hija de mis entrañas!
(Arrodillándose delante de la camilla.)
REY ¡Vos su padre!
(Sorprendido, pero con dulzura.)
THIBAUT ¡Su padre, gran señor!
REY ¡Oh! ¡Pobre
anciano!
DUNOIS Yerta no está su mano.
(Que habrá cogido una mano de JUANA.)
THIBAUT ¡Dios

clemente!

Mi vida toma de su vida en cambio.

DUNOIS Esperemos.

REY ¡Dunois!

DUQUE ¿Será posible?

THIBAUT ¡Respira, vive!

DUNOIS ¡Cielos!

DUQUE ¡A sus manos

la muerte sucumbió!

JUANA ¿Dónde me

encuentro?

(Esta escena debe ser representada por JUANA con voz desfallecida e incorporándose, apenas ayudada por su padre y el REY.)

DUNOIS En medio de los tuyos.

REY En los brazos

de tu Rey, de tu amigo.

JUANA Yo os lo juro;

(Levantando las manos al cielo.)

sobre todas las cosas le idolatro.

REY Eres un ángel, sí... ¡De las virtudes

ciega la viva luz a los malvados!

JUANA ¡Qué ventura! ¡No me odiáis,

cielos! ¡No me maldecís!

¿Es cierto lo que decís?

¿Cual otro tiempo me amáis,

o por lástima mentís?

¡Padre de mi corazón, (Abrazándole.)

os conozco a todos ya!

¡Rey querido! Fiel Dunois,

de mi patria enseñas son.

(Mirando las banderas.)

Pero y la mía..., ¿do está?

REY Hoy tus cadenas romper.

(Tomándola de las manos de un soldado, que se la presenta a una señal suya.)

y volvértela quería.

JUANA Tú me ayudaste a vencer,

(Con la bandera en la mano.)

dulce amiga; ven a ser

paño de mi tumba fría.

¡Adiós, padre! ¡Adiós, señor! (Abrazándolos.)

¡Adiós, bella patria mía,

adiós! ¡Venturoso día!

¡Pasajero es el dolor!

(Después de una pausa.)

¡Ay! Eterna la alegría. (Expira.)

(El REY coge la bandera, que se ha caído de las manos de JUANA, y cubre con ella su cuerpo; todos los que llevan estandartes le

imitan. THIBAUT cae de rodillas, y todos los demás personajes manifiestan el mayor dolor.)

NOTA. -La bandera de Juana debe ser blanca, rodeada de un bordado de púrpura, y dos veces y media más larga que ancha, abierta hasta poco menos de la mitad, de donde salen dos puntas sesgadas hasta los extremos. En su centro se ve la imagen de la Virgen, estrechando al niño Jesús en sus brazos.

OTRA. -El papel del gran Canciller se confiará al que ejecute el de Duchatel, siempre que no se cuente con un actor que pueda desempeñarlo dignamente.